

PALABRAS DE PRESENTACIÓN DE PÁJARO DE NUNCA VOLVER, EN BARCELONA, QUITO Y GUAYAQUIL, EN 2017

Desde que escribía *Cuadernos de Godric*, allá por 1984, he tenido la sospecha de que el viaje es una necesidad natural, e incluso una forma de ser de la naturaleza. Entonces creía que para los seres humanos era posible realizar viajes de ida, emprender un ir, perseguir metas, y hasta sospechaba que el viaje, parte esencial de nuestra historia, nos había hecho lo que somos, seres humanos, de lo cual darían testimonio, por ejemplo, la trayectoria que condujo al homo sapiens y la que sigue la semilla hasta llegar al fruto. Los humanos seríamos asó seres migratorios, como los pájaros.

Años después, cuando escribí *Aires de Ellicott City*, llegué a creer que era posible y necesario regresar, volver de esos lugares a que habíamos llegado, deshacer el viaje. No hablo del viaje en sentido trivial, sino del verdadero viaje, un movimiento esencial en el que la vida entera se desplaza y que, por tanto, pone en juego todo nuestro destino.

Es plausible que ese viaje, ese desplazamiento o transformación esenciales hayan presionado desde dentro la historia de los individuos y pueblos y aún de la especie, situando al ser humano en un dilema permanente, el dilema en que consiste su vida.

Digo esto teniendo en mente que el viaje implica no solo un ir sino también un arribar, si bien puede parecer, erróneamente, que la llegada sea el fin del viaje: no lo es. si el humano es un ser que viaja, que migra en el espacio y el tiempo, si es un inmigrante por naturaleza, entonces su sobrevivencia depende de la existencia de condiciones y espacios universales de hospitalidad. el ser humano necesita siempre y en todo caso condiciones y lugares particulares para establecerse, aunque ese establecerse, ese llegar a, solo pueda ser provisional. El ser humano, el ser que viaja, necesita hospitalidad como el árbol necesita de la tierra.

En muchas regiones del planeta esto ha sido entendido perfectamente. Nuestros ancestros lo practicaron de una manera que hoy parece hasta conmovedora. Y creo de veras que la hospitalidad es una de las señas de la identidad ecuatoriana. En Grecia antigua la hospitalidad llegó a ser una ley sagrada. Y aunque hoy los países ricos ultrajen a refugiados, exiliados o inmigrantes, no debemos olvidar que la historia común de los hombres nos habla de muchos pueblos que entendieron y honraron a la hospitalidad como condición misma de humanidad. Ante el terrible espectáculo que vemos en las aguas del Mediterráneo, en las fronteras turca, española y estadounidenses, por ejemplo, consuela pensar en pueblos hospitalarios, en los pueblos prehispánicos, en el pueblo griego y en el pueblo esenio, en los pueblos germanos llamados Chaucos, cuyo mayor argumento, según Tácito, era conservar su grandeza por la justicia y no por la fuerza, y su mayor virtud era no hacer agravio a nadie, tampoco al extranjero. Consuela pensar en la hospitalidad de los aborígenes africanos, americanos, australianos, indochinos, indúes, y de tantos y tantos pueblos que ofrecieron lo mejor de sí a los visitantes que posteriormente se revelaron como sus conquistadores.

Quizá se pueda decir que la historia es siempre una lucha encarnizada, feroz, que tiene lugar en el curso de un viaje. Y que el viaje como condición de la especie involucra tanto a vencedores como a vencidos. Los conquistadores atenienses, macedonios, romanos, incas, aztecas, españoles, árabes, turcos, británicos, venecianos o franceses viajaron tanto como ahora viajan los africanos, sudamericanos, sirios, irakíes, ucranianos, rumanos o magrevíes.... Como esas decenas de miles de personas que a diario chocan contra las puertas de los países ricos en todos los continentes. La diferencia entre el viaje de los vencedores y el de los vencidos es que el regreso está reservado solo a los primeros. Solo el vencedor vuelve. Del largo viaje que hicieron para librar la guerra de Troya, los aqueos volvieron cargados de un botín que incluía tesoros y mujeres bellas, mientras los troyanos mordían el polvo en su propia tierra y desaparecían para siempre de la historia. Lo mismo ocurrió con los españoles y los americanos. Del modo en que volvieron los conquistadores del pasado, vuelven ahora

los soldados de Estados Unidos y Europa, mientras en los lejanos campos de batalla decenas, centenas y miles de cadáveres cubren la tierra que los vio nacer.

Porque los vencidos, no vuelven. Sus hogares quedan vacíos para siempre. Pueblos enteros quedaron vacíos en Ecuador en el gran éxodo de los años 90 y dos mil. Dicen que Pitágoras llegó a formular este consejo: “Nunca te vayas de tu ciudad, pero si te vas, no vuelvas”. El vencido, que se ve obligado a irse de su ciudad debido a la guerra, al hambre o a lo que sea, se convierte en un exiliado permanente y ya no puede volver. Baudelaire reconocía a Andrómaca, la mujer del troyano Héctor, en la figura de la mujer negra que silenciosamente vivía su exilio sirviendo a sus patronos blancos en París.

Estas consideraciones estaban presentes ya en mí cuando escribí *En el próximo mundo*, que la editorial Candaya publicó el 2011. Con este libro empecé a dudar de la posibilidad del regreso. Pensaba que en el viaje, y por efecto mismo del viajar, lo que es o ha sido una persona o un pueblo tiende a desdibujarse, a olvidarse y finalmente a extinguirse. A quedar atrás.

En el viaje humano se van apagando sucesivamente manifestaciones de vida que una vez fueron esenciales. A nadie se le escapa que una parte importante de lo que somos o hemos sido se está extinguiendo hoy en todo el planeta a una gran velocidad. Se debilitan nuestros sentidos y las habilidades de nuestras manos, nuestro ser interior se apaga ante el imperio de la información, la saturación del ruido. Se apaga nuestro ser interior como se apaga la radio, el cine, la literatura, la poesía. Siempre ha sido así.

En el viaje de la historia desaparecen pueblos y civilizaciones enteras. Y en ese viaje gira implacablemente una rueda de vencedores y vencidos.

He dicho que del viaje solo regresaban los vencedores. Utilicé el tiempo pasado porque creo que nuestra época está cambiando el sentido mismo del viaje. Llegada a su límite, hoy es la humanidad entera la que ya no puede ni avanzar ni regresar. Decimos que no

podemos avanzar porque para avanzar necesitaríamos un futuro, un horizonte humano del que carecemos. Y decimos que no podemos regresar porque para hacerlo necesitaríamos un pasado vivo que ya no existe. Carecemos de pasado y de futuro.

El viaje no puede proseguir si la humanidad quiere seguir siendo lo que ha sido hasta ahora. Lo que quiero decir es que el viaje humano ha terminado.

Sé que todo esto puede sonar a exageraciones y fantasías de poeta. Puede que sea solo eso, por supuesto. en verdad no trato de hacer un discurso milenarista. Fijémonos en los planes para colonizar el espacio, veamos cómo, a consecuencia de la llamada revolución transhumanista, en el horizonte abierto por la tecnología, la nanotecnología, la biotecnología, la genética o la robótica, ahora mismo ya se avizora un género poshumano. La humanidad, o una parte importante de ella, vive el tiempo del final de lo humano y la apertura de una era poshumana.

En este presente y en el futuro inmediato, para los individuos, para las comunidades y para la especie humana el viaje habría llegado ya a su fin. Estaríamos ahora emprendiendo un viaje que ya no es propiamente humano y que nos llevaría a un lugar desconocido, del que seguramente no volverán ni vencedores ni vencidos.

En el marco de lo humano, ya no hay regreso para nadie. Ni vencedores ni vencidos podrán nunca volver.

Lo que quiere decir que, propiamente, ahora todos somos vencidos, aunque algunos funjan de señores y otros de vasallos.

Porque dentro de los límites humanos, ya no está al alcance de nadie el movimiento, ni hacia una dirección ni hacia otra. No hay espacio para la vida libre, esa que emerge, se proyecta, se desplaza y se transforma incesantemente. La posibilidad del viaje como condición de lo humano se extingue así, como se han extinguido las especies del

pasado remoto. El único viaje del que podemos formar parte ahora cae ya fuera de lo humano.

Y sin embargo, aún somos parte de la humanidad y en nosotros el viaje pasado y el horizonte en el que refulge el nuevo viaje del futuro, deja una impronta poderosa. Esa impronta nos crea un dilema e incluso un conflicto, un intrínquilis síquico que marca nuestra época y que quizá sea irresoluble. Por la violencia y la brutalidad con que los irrefrenables poderes internacionales imponen un modelo de mundo y de sociedad que tiende a aplastar cualquier reclamo de dignidad y a descartar al hombre interior, a la dimensión moral del hombre, y por el vértigo de la gran revolución tecnológica de la que somos contemporáneos y cuyo alcance nadie es capaz de predecir, por ello, digo, nuestra indigente condición síquica se revela ya incapaz de descifrar el inaudito acontecer de hoy, incapaz de postular una existencia posible y redimida de la abyección en que lo humano sucumbe cada día,

incapaz pues de situarse en las alturas en que el viaje y la búsqueda de un destino superior para la humanidad, las comunidades y los individuos aún sea posible.

La situación de hoy es así tan sumamente abstrusa que, cuando ya hay incontestables evidencias de que dios no existe, que nunca existió o que simplemente ha muerto entre nosotros, precisamente ahora, digo,

la única esperanza parece ser la revelación o la gracia, una esperanza que solo puede ser tal si se concibe al margen de su prehistoria religiosa.

Y es allí, en el curso de esa pequeña esperanza que parece que el arte y la poesía pueden revelarse como un fecundo espacio de resistencia que lo humano ofrece ante las fuerzas que lo arrojan hacia su extinción.

Se trataría de una lucha harto excepcional, como excepcional es la era que vivimos.

Ante la ausencia de un sujeto histórico revolucionario, corresponde al arte y al pensamiento crítico librar la batalla por reconstituir los principios generadores de vida. La palabra, el cuerpo, el sonido, la imagen, la piedra y los minerales, todos los materiales del arte poseen una potencialidad crítica reveladora y profética, capaz de reconstruir y corroer, demoler, regenerar y persuadir. La poesía, la escultura, el teatro, la danza, la música, todas las formas del arte pueden y deben librar esa decisiva batalla contra el poder del capital.

No hay que olvidar que el capital también genera una lógica y que esa lógica tiene esa especial aptitud para la persuasión de toda lógica. Esa lógica legitima al destructor mundo del capital y lo sustenta, pero las artes y el pensamiento crítico deben generar un pensamiento capaz de desestabilizar y enterrar esa funesta lógica del capital, que ahora mismo amenaza con acabar con la existencia humana en la tierra.

Este es un posible marco de lectura de Pájaro de nunca volver; uno entre muchos. No digo que esta fuera mi inspiración sino el horizonte en que el libro, todo mi pobre proceso de escritura poética, ha sido llevado a cabo.

Guayaquil, 19 de octubre de 2017